

ACOMPañAR LA MADURACIÓN DE LA FE

Jornadas de Pastoral Juvenil y Vocacional

CONFER 10 febrero 2018

IGNACIO GONZÁLEZ SEXMA SJ

Introducción: Acompañar la maduración en la fe

Acompañar es “estar con” o “ir junto a” otra persona. Acompañar la maduración en la fe es caminar junto a otro que va avanzando en su camino de seguimiento de Cristo, sin andar por él ese camino, sin ahorrarle dificultades, por supuesto sin tomar las opciones y decisiones que sólo el acompañado puede tomar. Pero estando junto a él para ayudarle, animarle, darle pistas para caminar mejor cuando parece que se pierde, levantarle y ayudarle a curar las heridas.

Delimitar: Tipo de acompañamiento

Podemos distinguir varios tipos de acompañamiento: personal, pastoral... Acompañar la maduración de la fe no puede quedar encasillado en uno solo de estos acompañamientos, pero participa de todos ellos.

Es **acompañamiento personal** porque el acompañante quiere ayudar al joven a la hora de afrontar la vida tal y como le viene: miedos, esperanzas... Y también ayudarle en la toma de decisiones que antes o después tendrá que afrontar.

Es **acompañamiento pastoral**, pues muchas veces el joven se pone a tiro en alguna actividad pastoral de las que le hemos ofrecido.

Es **acompañamiento espiritual** porque el acompañante intenta ayudar al joven a descubrir la presencia de Dios en su vida, a distinguir los movimientos del espíritu (consolación / desolación) dentro de sí.

Delimitar: Franja de edad para la maduración en la fe

Es discutible, pero por ser operativos: después del colegio (al acabar 2º bach) y hasta los primeros años de vida profesional (fin de la carrera y 1-2 años de trabajo, muchas veces como becario).

I. **Oportunidades para el acompañamiento en la maduración de la fe**

Estamos en un nuevo tiempo vital, y también en un nuevo tiempo pastoral. Tiempo que presenta dificultades, ciertas, para la evangelización juvenil, pero que si lo sabemos leer, también presenta grandes oportunidades.

1. Proponer la fe

Los jóvenes de hoy crecen en un ambiente que ya no es cristiano. En una cultura en la que lo religioso es cada vez más residual. Toño García: Los cristianos son los verdaderos herejes culturales de hoy. Aunque la imagen de la Iglesia institución aún sigue siendo negativa, esta ausencia de cultivo previo cristiano puede ser una oportunidad para ofrecer el seguimiento de Jesús como respuesta a la pregunta por el sentido.

No cabe la imposición de la fe, y además todo lo que sea impuesto genera un rechazo automático. Pero sí cabe proponer la fe como respuesta a la búsqueda de sentido.

2. La personalización de la fe

El acompañamiento entronca muy bien con la personalización de la fe.

Cada vez es más importante la personalización de la fe. La individualidad es uno de los rasgos de la cultura moderna. Cada vez se tiene más en cuenta la singularidad de la persona, el hecho de que cada ser humano es único. La publicidad lo ha entendido muy bien desde hace tiempo: fidelización del cliente. Esta individualidad (distinta al individualismo) abre un campo para el acompañamiento personal.

En pastoral juvenil seguimos ofertando “grupos”. Y este modelo lleva ya muchos años dando señales de agotamiento.

3. Tiempos líquidos. Biografías personales no lineales, imprevisibles, dispares

Hace años (tiempos sólidos) las biografías de cada uno eran más previsibles, lineales y, hasta cierto punto, homogéneas. Hoy día (tiempos líquidos) las biografías individuales tienen cada vez más rupturas y saltos, son mucho más cambiantes e imprevisibles, y

cada vez son más dispares. Este hecho también supone una oportunidad para el acompañamiento en la fe.

4. Importancia de las relaciones personales para la transmisión de la fe.

Otro rasgo de nuestro tiempo es una cierta desinstitucionalización en favor de una mayor importancia de las relaciones personales. Las relaciones humanas siempre han tenido mucha importancia en los procesos de maduración de la fe. En estos tiempos esa importancia se ha incrementado. El cristianismo se transmite, en gran medida, gracias a las relaciones personales de unos creyentes con otros, y de los creyentes que ayudan a quienes andan en búsqueda -Pastoral de engendramiento-. Esta importancia de las relaciones oportunidades también supone una oportunidad para el acompañamiento en la fe.

Como consecuencia de este auge del individuo, se han perdido los referentes vitales. El joven hoy día cada vez ha de construir más a ciegas su propia biografía y su propia fe. Un acompañante, cuando lo hay y cuando el joven lo reclama, cobra más importancia que la que tenía en otros tiempos.

II. Dificultades para acompañar la maduración de la fe

No hablamos de las dificultades para transmitir y vivir la fe para los jóvenes hoy: secularización, superficialidad, dispersión, distracciones, ritmos de vida acelerados, falta de compromiso...

Vamos a centrarnos específicamente en la maduración de la fe.

1. La gran dificultad: la falta de maduración personal

La fe se apoya en un "sujeto", en una persona humana que tiene que tener su propia estructura, personalidad y madurez. La maduración humana de las personas es cada vez más lenta y sin maduración humana no puede haber maduración en la fe.

Estudio que aparece hace dos semanas: La adolescencia aparece antes, a los 10 años, y se prolonga hasta los 24. Datos España: Edad media para contraer matrimonio: Mujeres 33 años, hombres 35 años.

En un itinerario normal, en el que no haya algún acontecimiento vital (normalmente doloroso) que provoque una ruptura fuerte, la maduración es muy lenta. Y para el acompañante es difícil acompañar esta maduración tan lenta.

Ejemplo: Chaval de 19 años. El padre fallece de un cáncer en un proceso muy rápido. En el funeral de su padre lee una carta absolutamente conmovedora, escrita desde lo más auténtico de sí mismo, desde su fondo más profundo. A este chaval esta desgracia le ha removido el fondo, le ha llegado muy adentro. De vivir de modo distraído y superficial, como el joven normal de su edad, a vivir desde dentro, desde las tripas, valorando lo que de verdad importa en la vida.

MI reflexión aquel día: «Los chicos siguen teniendo fondo, pero qué pena que para que el chaval, con 19 años, empiece a vivir así, con más hondura, más profundidad, tenga que pasar un acontecimiento doloroso y no sea el proceso normal».

Desde mi experiencia, y con matices, me atrevería a decir que es más fácil acompañar y trabajar en pastoral con un adolescente de 15 que con un adolescente de 20 años. Al de 15 no le pides lo que sabes que por etapa vital aún no puede darte. Al de 20 le pides lo que cree que ya puede dar según su momento vital y te encuentras con que le estás pidiendo mucho más de lo que él puede o está dispuesto a dar.

Y esta falta de maduración personal se da incluso en los que parece que están maduros en su fe.

Anécdota: Un seminarista (y no de 18 años) (fue un seminarista pero podría perfectamente haber sido un religioso, al menos jesuita) se salta una mañana las clases de teología, queda con un amigo para tomar un café. Se saca un selfie con su amigo y los sube a Instagram en tiempo real. El formador lo ve y al mediodía le pregunta por cómo han ido las clases de la mañana. Un joven de su tiempo.

Dos consecuencias de esta lentitud en la maduración personal que afectan a la maduración en la fe

Chicos sobreprotegidos, con **baja tolerancia a la frustración**. No aceptar que el seguimiento de Cristo pasa, sí o sí, por la cruz. Esta parte de cruz, conflicto, desolación, dolor...cuesta y mucho. Puede ser una oportunidad para acompañar esa situación, pero muchas veces la reacción del chaval es huir. Incluso de la fe.

Fruto de la propia adolescencia, les **cuesta mucho aceptar las observaciones**, incluso sugerencias de mejora, correcciones, que un acompañante les tiene que hacer para ser un buen acompañante. Como buenos adolescentes, cualquier indicación se la toman como algo personal y les genera una reacción de rechazo. Indicaciones sobre falta de compromiso (asistencia a las reuniones), falta de coherencia entre su fe y su tiempo libre...

2. Los itinerarios discontinuos

Las rupturas que se producen en la biografía de un joven de hoy día tienen una parte muy buena: pueden ayudar, y mucho, en la maduración personal y cristiana. Pero también presentan un obstáculo claro para la vivencia y maduración en la fe. Los itinerarios pastorales diseñados para ser vividos en varios años cada vez son menos operativos. Si seguimos trabajando con una pastoral de grupos, cada año (y a veces cada cuatrimestre) cambia la composición de los grupos (horarios de clase, prácticas, Erasmus...). Esta discontinuidad también dificulta el acompañamiento. Aunque, repito, puede ser una gran oportunidad para la maduración personal y cristiana. ¡Cuántos chavales vuelven cambiados después de un Erasmus!

3. Vida en el corto plazo. La maduración necesita un plazo muy largo

Vivimos en un mundo en el que todo va muy deprisa, en el que la espera y los proyectos a largo plazo se vuelven cada vez más problemáticos. La rapidez, más bien la inmediatez (especialmente en las comunicaciones) tiene muchas cosas muy buenas. Pero también dificulta la maduración humana y cristiana. Un chaval va muy lento (adolescencia hasta los 24) y sin embargo lo quiere todo y ya, (y a nosotros como pastoralistas también nos cuesta mucho esperar).

III. Retos para acompañar en la maduración en la fe

1. Acertar con lo que le conviene a cada persona en cada momento

No hay recetas estándar. Cada chico lleva su propio ritmo, con sus propias circunstancias. En un grupo de gente de primeros años de carrera, cada chaval está en un momento distinto. Los hay que físicamente, realmente, están en 2º de carrera pero mentalmente parece que aún están en 2º ESO. Y, sin embargo, hay otros, de la misma edad, en la misma etapa vital, y que ya tienen una vivencia de la fe seria, comprometida y que se va planteando ya la toma de opciones vitales desde su fe.

Acertar en la personalización y el acompañamiento es absolutamente clave.

Para ayudar al chico a madurar en su fe y a discernir y descubrir qué le está diciendo Dios, el acompañante tiene que discernir cómo acompañar a ese chico/a en ese momento vital concreto. Los chicos son distintos. Y los momentos vitales de un mismo chico también son distintos. Cada persona tiene su propio ritmo. El acompañante no puede forzarle a ir más deprisa en su proceso de maduración en la fe, poniéndole más cargas de las que sus hombros pueden llevar en esos momentos, pero tampoco puede decirle que sí a todo, no pincharle, dejando que el joven se quede en su zona de confort cristiana, sin arriesgar, retrasando la maduración.

2. **Estar especialmente presente en los momentos de ruptura**

Entendemos por ruptura un acontecimiento vital que marca un antes y un después. Puede ser un acontecimiento dramático (muerte de alguien cercano, enfermedad, ruptura afectiva, fracaso académico/profesional) pero también puede ser alguna vivencia que marca un antes y un después.

Cambios de etapa (del Colegio a la Universidad, de la Universidad al mundo labora), cambios de país por motivos de estudios-trabajo, Erasmus, alguna experiencia pastoral que marca...

Hay que estar ahí para que el chico sepa que puede contar con nosotros. Especialmente importante son los incios de la nueva etapa (retomar la vida después de una sacudida, regreso del Erasmus, inicio vida profesional).

IV. **Rasgos del acompañamiento en la maduración de la fe**

Damos por supuesto que el acompañante el que sea un hombre/mujer de fe, con cierta experiencia en la fe y con conocimientos de los procesos de maduración humanos.

1. **Empatía**, capacidad de escucha y acogida: tratar con respeto y delicadeza al otro.
2. **Paciencia**: saber oír y actuar al ritmo del otro y al ritmo de Dios, sin prisas ni frenos. En la vida, también en la vida espiritual, el camino no es recto sino con curvas y baches.
3. **Gratuidad**: buscar sólo ayudar al otro en su camino de seguimiento de Dios. Sólo importan Dios y el acompañado. El acompañante es un simple instrumento.
4. **Humildad y abnegación**: no dar por supuesto nada, no ir con recetas prefijadas. Dejarse sorprender por Dios y por el acompañado. Aceptar las impotencias que se presentan. Saber salir de la escena cuando toque; no generar dependencias; saber pedir ayuda a otro.

V. **Objetivos del acompañamiento en la maduración de la fe**

1. Ser ayuda para la experiencia personal de Dios.

El objetivo fundamental en todo acompañamiento, como en toda actividad pastoral, es lograr que el joven tenga una experiencia personal de Dios. «Una cosa, sin embargo, sigue siendo cierta: que el ser humano puede experimentar personalmente a Dios. Y vuestra pastoral debería siempre y en cualquier circunstancia tener presente esta meta inexorable¹»

El acompañante debe sugerir al joven que participe en aquellas actividades y experiencias que le puedan llevar al encuentro personal con Dios. Ayudarle a que el joven acompañado vaya ganando en interioridad; proponerle experiencias que le abran los ojos sobre la realidad de nuestro mundo donde tanta gente sufre la pobreza y la marginación; ayudarle a que se adentre más en la oración, ayudarle a discernir qué actividad de verano es la que más le conviene en esos momentos...

Es importante acompañar la “recogida” de esas experiencias.

2. Ayudar a que el joven pase de la fe heredada a la fe elegida personalmente

El acompañante puede acompañarle en el camino, pero ese paso solo lo puede dar el joven.

Una vez, tras una larga conversación un joven cristiano de 19 años sobre su fe, le pregunto: «¿Quieres decir algo más?

Y él respondió: “Sí. En mi familia somos varios hermanos. Yo soy el tercero. Todos hemos recibido la misma formación religiosa (en casa, en el colegio, en la parroquia, en los scouts). Mis dos hermanos mayores han dejado la fe. Uno está volviendo poco a poco. El otro está totalmente alejado de la Iglesia. Esto me ha cuestionado mucho. ¿Por qué si todos hemos recibido la misma formación, yo soy cristiano y mis hermanos mayores no?

¹ K. RAHNER, *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, Sal Terrae, Santander 1990, 10.

Porque Jesús se me ha dado a conocer y yo he elegido libremente seguirle. Es mi decisión personal”.

La consecuencia de la apropiación personal de la fe es que el joven la va a cuidar mucho más. La fe cobra más importancia para él. Seguir a Cristo es su propia opción personal. Cada joven dará ese paso cuando pueda, cuando le toque, cuando esté preparado. Y ahí los ritmos y las circunstancias personales de cada uno son diferentes.

3. Despertar el deseo, la búsqueda de Dios

Un tercer objetivo del acompañar la maduración de la fe consiste en ayudar al joven a que “tenga sed de Dios”, a que de verdad necesite buscar a Dios. Y a que alimente esa búsqueda incluso cuando no tiene grandes apoyos externos en su fe. A que ponga los medios para cuidar su fe.

Grupos juveniles para universitarios: congregaciones, parroquias, capellanías universitarias.

No es lo mismo el joven que se apunta a una comunidad universitaria porque van todos sus amigos, porque es tradición, porque es una forma de continuar con lo vivido en el colegio que el joven que se acerca sólo a su parroquia, o a la capellanía de su universidad, o a un grupo de una congregación. En los primeros, la búsqueda de Dios se mezcla con el deseo de estar con los colegas. En los segundos, esa búsqueda de Dios es más personal y tiene menos “adherencias”.

4. Ayudar a que el joven tome sus opciones vitales desde Dios.

Si de verdad se produce esta maduración en la fe (experiencia personal de Dios, fe como opción personal libremente elegida, búsqueda sincera de Dios), el joven, antes o después, va a plantearse la vida como respuesta a la llamada personal que Dios le hace. Cuando le llegue el momento de tomar alguna decisión vital trascendental, no lo hará desde el proyecto que él se construye para sí mismo, sino que lo hará como respuesta y adhesión al proyecto que Dios ha pensado para él y le pone delante de sus ojos.

Conclusión

«Mira, evangelizar a un hombre es decirle: «Tú también eres amado de Dios, en el Señor Jesús», y no solo decírselo, sino pensarlo realmente. Y no solo pensarlo, sino portarse con este hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo de salvado, más grande y más noble de lo que él pensaba... y eso no podemos hacerlo más que ofreciéndole nuestra amistad: una amistad real, desinteresada, sin condescendencia, hecha de confianza y de estima profundas. Es preciso ir hacia los hombres... es preciso, sobre todo, que al ir hacia ellos no les aparezcamos como una nueva especie de competidores. Debemos ser en medio de ellos testigos pacíficos del Dios Padre, hombres sin avaricias y sin desprecios, capaces de hacerse realmente sus amigos. Es nuestra amistad lo que ellos esperan, una amistad que les haga sentir que son amados de Dios y salvados en Jesucristo».

ELOI LECLERC, Sabiduría de un Pobre